

tiene mas que una fe lánguida y medio extinguida, y ya no hay nada que la mueva mas que el placer. Disgustada de las prácticas mas ordinarias de piedad, y cuasi de todos los ejercicios de religion, apenas se presta á ellos sino por bien parecer. El yugo del Señor le parece amargo, y su ley una carga insoportable; ella no gusta mas que de las máximas del mundo; las alegrías, las diversiones y las fiestas mundanas despiertan toda su vivacidad, y no se pone en movimiento mas que para procurarse el placer: fuera de esto, ella se consume en una lastimosa inaccion y en un sueño letárgico. Representaos una persona que lleva una vida blanda; esclava de los sentidos y de sus pasiones, se dispensa sin dificultad de cuasi todas las leyes de la Iglesia. Está demasiado delicada para observar los ayunos mas sagrados. ¿Qué de pretextos para dispensarse de la abstinencia! Enferma hasta mover á compasion cuando se la habla de penitencia, de mortificacion, de regularidad; robusta hasta sobrepajar al mas vigoroso cuando se trata de un festin mundano. La mas corta lectura de un libro de piedad cansa sus ojos y los fatiga; lo que no la incomoda, lo que la conviene, lo que la recrea es la lectura de algunas historietas, algunas poesias chistosas, y todo lo que se llama vanos entretenimientos, frivolidades, pérdida de tiempo. En este infeliz estado nada la interesa mas que su placer. insensible á las verdades mas terribles y mas espantosas de la religion, vive fuertemente apoltronada en una especie de letargo. A la ceguedad del entendimiento sigue de cerca la insensibilidad del corazon. A la indolente ociosidad sucede una ignorancia crasa; en fin, llega á desconocer sus deberes mas esenciales á fuerza de descuidarlos.

¿Puede darse un estado mas infeliz ni mas lamentable que el de una persona que lleva una vida blanda? Y lo que hace todavía mas funesto este estado es la extrema dificultad que ofrece para la conversion. Los mas malvados, los pecadores mas endurecidos, los mas insignes libertinos, se les ve alguna vez rendirse á las ejecutivas sollicitaciones de la gracia; ¿se ve acaso que se conviertan muchos de los que llevan una vida blanda?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que donde ciertamente reina la vida blanda es en las casas de los grandes y de los dichosos del siglo, en la corte, y entre las gentes acomodadas. ¿Y no se deja ver tambien alguna vez al través de los vestidos groseros y modestos? ¿no penetra hasta en las comunidades mas santas? ¿no se familiariza con una aparente virtud de que se hace ostencion? ¿no se encuentra bajo un aire devoto y recogido? Como la sensualidad y el amor propio saben deslizarse con destreza en todas partes, la vida blanda, que es su obra y su primer fruto, se hace lugar en todas partes. ¿Cuántas gentes se ven que bajo una máscara de piedad llevan una vida blanda, sensual, ociosa, y á las que parece que su pretendida devocion les da derecho para vivir en la molicie y en la ociosidad! Devotos de reputacion, solo aprecian las alabanzas que se dan á la mortificacion y á la penitencia. Su aficcion no es mas que á la vida dulce y tranquila, y pretenden no haber nacido mas que para el reposo. La palabra sensualidad les escandaliza; pero son sensuales frecuentemente hasta la demasia: el pretexto de una salud necesaria, en su concepto, para la gloria de Dios les asegura, y el artificio de su amor propio

es tan ingenioso que muchas veces se lisonjean de que lo dan todo á Dios, cuando nada se niegan á si mismos. De aquí aquella continua atencion sobre todo lo que puede acomodarles ó desagradarles. De aquí aquella delicadeza extremada sobre todo lo que imaginan que se les debe. Aquella reserva estudiada para moderar el trabajo, midiéndolo siempre por su amor propio; de aquí, en fin, aquella vida del todo sensual, holgazana, inmortificada, y aun enfadosa, que tanto agravo hace á la verdadera devocion, y que sirve de pretexto á los libertinos para decir que los devotos son los mas delicados, los mas orgullosos, los mas ociosos, los mas molestos, los menos tratables. Jamás fué cristiana la vida blanda. ¿Cómo, pues, se atreveria nadie á llamar devotos á los que viven en la molicie y en una sensualidad disfrazada? La ilusion es todavía mucho menos perdonable cuando la molicie se encubre con la austeridad de la vida, y cuando penetra hasta en el desierto. El estado religioso no pone al abrigo del contagio. El amor propio nos acompaña hasta el claustro, y á pesar del rigor del instituto, sin embargo de la santidad de la profesion, no obstante la severidad de las reglas, posee el secreto de indemnizarse de la sujecion forzada y de la regularidad. Se sirve de la delicadeza del temperamento, de la prerogativa de los empleos, del rango, del nombre, de la edad misma, para insinuar la molicie; y alguna vez, ya por zelo fingido, ya por destreza, en lugar de una vida laboriosa, mortificada y penitente, forma una vida blanda y ociosa que una indulgencia forzada tolera, pero que Dios condena y castigará seguramente. ¡Buen Dios, qué muerte tan triste, qué fin tan duro espera á una vida blanda!

No permitais, Señor, que todas estas reflexiones sean inútiles para mí. Yo sé que la vida de un cristiano debe ser una vida humilde, penitente, laboriosa; estoy, pues, resuelto á llevar una vida cristiana; concededme, Señor, la gracia de que tambien lo sea mi muerte.

JACULATORIAS.

Enseñadme, Señor, el camino de vuestros mandamientos, y yo me aplicaré siempre á seguirlos. *Sal. 118.*

Detesto, Dios mio, con todo mi corazon la vida blanda y ociosa, y he resuelto trabajar toda mi vida en mi salud, guardando todos vuestros mandamientos. *Ibid.*

PROPOSITOS.

1º. La vida blanda es tanto mas temible, cuanto que adormece la conciencia y la fe, y que á favor de este adormecimiento, sin ruido ni tumulto, corrompe el corazon y el entendimiento. Estad alerta contra un estado tan peligroso. Si teneis la desgracia de hallaros en él, salid sin dilacion, y no escuchéis ni los pretextos especiosos de una razon seducida por el amor propio, ni las quejas importunas del amor propio que tan bien se acomoda con la vida blanda y que se nutre con la ociosidad. El santo tiempo de Adviento es muy á propósito para la reforma; trabajad desde hoy en ella. Arreglad vuestros ejercicios de piedad, despues de una confesion en la cual debeis sobre todo acusaros con una gran contricion de haber pasado y perdido la mayor parte de vuestros dias en una vida blanda, y de ninguna manera cristiana. Es extraño que haya tan pocos que piensen en acusarse

en sus confesiones de una ociosidad y una molicie de vida que condena á tantos.

2°. Comenzad por hacer todos los dias por la tarde una corta visita al Santísimo Sacramento, y no dejéis dia alguno de oír misa. Rezad todos los dias el rosario: esta oracion tan santa, tan familiar á todos los santos y á todas las personas verdaderamente cristianas, está cuasi abolida en el dia de hoy en el gran mundo; un hombre poco devoto, una mujer mundana crearían, á lo que parece, envilecerse si rezasen el rosario, no obstante que haya pocas oraciones que estén mas autorizadas en la Iglesia.

¡Cosa extraña! se diría hoy que la mayor parte de las gentes del mundo se avergüenzan de llevar esta señal del catolicismo. No dejéis, pues, de hacer diariamente alguna lectura edificante en cualquiera libro de piedad, y emprender con eficacia una vida cristiana. Uno de vuestros primeros deberes es el cuidado de vuestros hijos, de vuestros domésticos y de toda vuestra familia. De este deber tan esencial se disgusta muy pronto el que vive con molicie. Condenad vuestra negligencia sobre un punto tan importante, y que sea este uno de los primeros frutos de vuestra reforma.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

El tercer domingo de Adviento, que en otro tiempo se llamaba segundo antes de Navidad, no es menos solemne en la Iglesia que los dos precedentes. Como la venida del Salvador del mundo debe ser el objeto

de la devocion, de las oraciones y de todos los ejercicios piadosos de este santo tiempo, la Iglesia tiene cuidado todos los domingos, dias singularmente consagrados para renovar el fervor de los fieles, de excitar su fe y su esperanza, á medida que se acerca el dia del nacimiento del Redentor; á fin de que, despertándose su zelo al aproximarse una fiesta tan grande, nada dejen de hacer para disponerse bien á ella.

El introito de la misa de este dia es el mas á propósito para excitar este zelo. Hermanos míos, *regocijaos siempre en el Señor*, nos dice el sacerdote subiendo al altar; *otra vez os lo digo, regocijaos*, no con aquella alegría vana y tumultuosa que nace mas bien de los sentidos que del corazón, la cual, no teniendo por principio mas que un bien vacío y aparente, está siempre acompañada de amargura, y ordinariamente seguida del arrepentimiento; regocijaos con una alegría verdaderamente cristiana, y por consiguiente humilde, modesta, y al mismo tiempo pura, sólida real; con una alegría que, no teniendo mas que á Dios por principio, es inalterable, llena el corazón, y satisface el alma. Aparezca vuestra modestia á los ojos de todos los hombres, brille vuestra alegría porque el Señor está cerca: en efecto, ¿qué motivo mas justo para una santa alegría? *Señor, vos habeis derramado vuestras bendiciones sobre vuestra heredad*, continúa, *vos habeis puesto fin á la cautividad de Jacob*, os habeis compadecido de vuestro pueblo, y habeis, por fin, escuchado sus votos. La Judea que en otro tiempo habiais tratado con tanta bondad, y que despues habiais repudiado con horror, como una tierra manchada con los crímenes de sus habitantes. ha encon-